AÑO III — NÚM. 68 — 10 CENTAVOS — VIERNES 12 DE ENERO DE 1923

La Antorcha

U. T. 3492, Libertad — SEMANARIO — C. T. 559, Central

Correspondencia y Valores:
ANGEL PETRARCA
TACUARI 653

SUBSCRIPCIONES
Para la Argentina
Trimestre $ 1.20 - Año $ 4.80
Para el exterior
Año $ 6.00

Exponer de la Anarquía:
«Aquí el surco, aquí la semilla aquí la espiga, aquí el derecho»
BOVIO

LA CORRUPCION DEL DESPOTISMO

Podemos afirmar que la tiranía aisla los hombres, rompe entre los más to- o vínculo solidario, asentando así, so- re el apartamiento receloso entre los iranizados, su poder despótico. Como ó hay nada que ofenda más a la tira- ía que la solidaridad entre los hom- res, el espíritu de comunidad que los ga, bien pudo, entonces, afirmar Al- erdi que "del aislamiento vive el des- otismo". La experiencia histórica de s regímenes despóticos ejemplariza respecto, mostrando cómo la pri- era acción del despotismo es disgre- ar a la comunidad cual organismo so- dario, anulando, coartando o depri- iendo todo lo que tienda a establecer municación entre los oprimidos, y slando a la "guardia pretoriana" de s adictos de todo contacto con la asa de la población.

Las simples y acostumbradas rela- ones de hombre a hombre, los cen- os de discusiones, las hojas de publi- dad, los gremios obreros como todo ganismo que una a las gentes para n propósito común, cualquiera sea su rincipio y su fin, con tal que no res- nda enteramente al principio y fin la tiranía, son perseguidos, pros- riptos, condenados y prohibidos, por- e en ellos se ve el enemigo, el espí- tu de solidaridad que a la corta o a larga da siempre en tierra con el spotismo.

La tiranía medra de lo que disgrega los hombres para sumárselo a sí mis- a, como sus valores más propios; de que corrompe a los individuos atra- ndolos para el servicio de su causa; lo que consiga aislar, separar, apar- r de la comunidad y de su espíritu lidario, rodeando como con un alam- ado de púa a cada conciencia; de lo e debilita en los seres para hacerse erte; de la desconfianza que logre mbrar entre ellos para que, sospe- osos los unos a los otros, se adelan- n a prestarse mutuamente a la dela- ón, dando armas así al despotismo e, sobre tales cimientos de infamia, vanta su construcción.

Lo más malo de los despotismos es que corrompe a los hombres, desarmando de virilidad sus conciencias, y haciendo de ellos sus servidores. Es así que, como lo ha puntualizado Alfieri en "La Tiranía", el despostismo es rodeado bien pronto por una nube de incondicionales, es secundado en todos sus actos por una gran cantidad de aquellos mismos a quienes deprime y aplasta, y que se apresuran a justificar todos sus pasos, adquiriendo méritos, de esa manera, para entrar al servicio de la tiranía, a la sombra de cuyo poder quieren acogerse, para no ser sus víctimas primeramente, y para gozar, después, de la situación privilegiada que sobre el aplastamiento del pueblo les depara su adhesión a la persona y a la autoridad del déspota. En todos los regímenes tiránicos se ha verificado lo mismo, una pugna idéntica, de parte de los corrompidos por el despotismo, por congraciarse la voluntad de quienes lo ejercen poniéndose a su servicio. Así se explica que, bajo el despotismo, sean posibles instituciones vastísimas y terribles como la Tcheka en Rusia, y así se explica también lo profundo de la caída de todos los tiranos y de sus regímenes, pues no tienen más base que la que consigan labrarse por la corrupción que el despotismo opera sobre las gentes.

Si el despotismo disgrega los valores humanos, para sumárselos a sí mismo como valores negativos, ya que vive del aislamiento, para combatirlo, entonces, hay que romper ese aislamiento, vincular a los hombres en la tarea de destruir la tiranía, unirlos, en fin, por el ideal y la lucha, para la libertad. Bien que lo ha dicho Alberdi: "Niños acompañaos de otros niños. Esclavos acompañaos de otros esclavos. Pueblos acompañaos de otros pueblos. Y todos sereis libres a la vez. Las "compañas", señor, las "compañas" son la libertad". Ya que la libertad une tanto como la tiranía disgrega, depura tanto como el despotismo corrompe, afirma tanto como este disgrega.

s ejemplos de la civilización

Se ha dicho de los países de América e viven de reflejo; que todo lo de Eu- pa le sirve de patrón. Los gobernan- s y la gran mayoría de los "pensado- s" no se han cansado jamás de traer cuento el ejemplo de Europa, la civili- ción europea, para hacer resaltar tal z, la barbarie de los países america- os.

Miradas bien las cosas, no hay más ferencia entre esta barbarie y aquella ivilización" que la del nombre, pues primera es la imitación más o menos l de la otra.

Se ha hecho una falsa apología, no lamente de la civilización europea, si también de la norteamericana. Ante ojos de todos se han presentado am- s ejemplos como dignos de ser imita- s por los países nuevos de América.

Taks ejemplos han sido la razón en e se han basamentado todas nuestras sas en todo lo que se tiene impropia- ente como rasgo distintivo de la civili- ción. Se decía y se dice aun: "Mirad, Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Norteamérica se hace esto, aquello lo otro. Si este país quiere representar go en el concierto universal, debe pro- der idénticamente. Tales países son emplos de civilización".

Barrett, decía: "No he visto naciones ilizadas; he visto hombres civiliza- s". Y esta es la realidad. Naciones civilizadas no las hay, pues en todas rige la barbarie; sólo hay hombres civilizados. Pero no se crea que estos son un índice de civilización para las naciones, pues lejos de determinarla, de ser la síntesis superior de su civilización, son perseguidos, proscriptos, negados en vida, por la ola de barbarie que todo lo domina y anega.

No es de los hombres civilizados de Europa y América de quienes se nos ofrece el ejemplo, sino que es el de la barbarie de las naciones, y este último ejemplo es el que ha sido tomado al pie de la letra en la imitación servil que aquí, como en otras partes, se ha hecho. Si barbarie es esta de los países americanos—y vaya si lo es,—no lo es menos la de los países europeos y de Norteamérica, de cuyos ha sido imitada.

Buen ejemplo de su civilización lo ha dado Europa con la guerra. A nosotros, no seducidos por la mentira de su civilización, no nos tomó de sorpresa. Sabíamos, por demás, que la síntesis de la civilización europea, lo mismo que de la norteamericana, no la ofrecían sus hombres civilizados: Shakespeare, Goethe, Hugo, Zola o Withman, sino los representantes del imperialismo: Bismarck, Clemenceau, Lloyd George o Wilson.

Y por si los ejemplos de barbarie que han dado últimamente las naciones europeas no bastara para demostrar a las claras qué es lo que se nos presenta como digno de ser imitado, tenemos los ejemplos últimos por demás demostradores: toda la Europa, erizada de conflictos, se entrega a la locura de la paz armada y las "pequeñas" guerras y las ocupaciones militares se suceden sin solución de continuidad, a pesar de los congresos de paz y de desarme, o, tal vez, gracias a ellos. Y ya en América se ha empezado a imitar esto último. Dentro de poco tendremos en Valparaíso una Conferencia americana. Quizás vendrá después lo otro. No hay que desesperar...

Promesas de paz, proyectos de desarme universal, todas palabras altisonantes que quisieron mentir una civilización ausente. ¿A qué quedan reducidas ante cuanto ocurre en el mundo? ¿Son ejemplos de civilización?

Sólo lo son de barbarie. Los verdaderos ejemplos de civilización los darán los revolucionarios cuando logren que la libertad sea una bella realidad sobre la tierra.

—•—

La gira de Pacheco a Chile

Las más simples soluciones son las que se encuentran entre los individuos mismos. Si uno quiere escoger su amigo, su colaborador, su compañera, etc., se dirige a estos, de acuerdo con sus totales ideales de la sociedad que ha pensado fundar con ellos; y si en estos encuentra los mismos sentimientos, los mismos deseos y sobre todo los mismos ideales, ya es cosa hecha: ha encontrado la amistad, el amor, el colaborador que buscaba, y lo que es más inapreciable, "en aquellos mismos en quienes lo buscaba"... Los compañeros chilenos querían que fuera Pacheco, para una campaña de propaganda hablada en los principales centros del país, y esto lo comprenderán los que aquí quieren también que hable Pacheco en sus conferencias. Pusiéronse, pues, en contacto con él y con nosotros, y mediante esto, que es la más simple solución, en Marzo tendrán entre ellos a Pacheco para la gira.

Pacheco irá allí, a trabajar como en un terreno de amigos, por ellos y por las ideas. Su campaña con los camaradas chilenos le hará dar sin duda cosas muy vigorosas y muy fuertes para dejar sentado nuestro ideal comunista anarquista. Pero el andar entre nuevos paisajes y nuevas cosas, al beber los ambientes chilenos, no se tragará el aroma, sino que tratará de hablarnos a nosotros, de darnos de lo esencial o de lo característico de todo ello una idea o una pintura, en sus "Carteles" de Chile... Laborará, pues, allí con los camaradas chilenos por medio de la palabra, y escribirá para nosotros los "Carteles" de Chile.

Será un hermoso período de actividad, pero sus exigencias económicas superan nuestras fuerzas y las de los camaradas chilenos. Pero estas exigencias no superarán nuestra voluntad de realizar este acto, y los cien pesos con que ha encabezado su lista "La Antorcha", demuestra que nos hemos propuesto trabajar de firme y obtener el concurso de muchos otros camaradas y entidades.

A LOS COMPAÑEROS DE MENDOZA Y SAN JUAN

Vista la situación creada entre los compañeros de ambas ciudades, a causa de las discordias que los dividen tan hondamente, y a objeto de que nuestro periódico no pueda ser tenido como parte ni por unos ni por otros, la agrupación editora ha resuelto no enviar más paquetes de "La Antorcha" a ninguna de esas dos ciudades, sirviendo solamente el periódico a los que quieran subscribirse directamente.

Sirva esto de advertencia a todos.

CARTELES

MAÑANA — GENERO CHICO — FARSA

El día, lejano o próximo, que la Revolución baje del labio al puño, de la idea al hecho, de flor de ideal a raíz de vida, nosotros, los anarquistas, tenemos que preocuparnos porque ella sea lo más profunda y extensa. Porque vaya más allá de nuestras fuerzas y nuestros sueños. Porque nos pase y nos burle, como nos burla, pasándonos, el árbol del que pusimos la semilla en tierra y que luego no alcanzamos ni en su copa ni en sus aves.

Preocuparnos de ésto, sin miramiento a otra cosa. Caiga todo, destrúyase cuanto ha creado el hombre esclavo y aparezca y organice el monstruo nuevo; el monstruo de la audacia libertaria. De él, y no nuestro, será el mundo, mañana.

¿Qué sucede ahora?... Aún no quemamos el primer cartucho y ya estamos cavilando cómo vamos a comer cuando la Revolución triunfe; y hasta cómo se hará el pan, quién nos lo traerá a la mesa y con qué le pagaremos al panadero. Nos preocupa, desde ya, el debe y el haber futuro; ese debe y ese haber que fué, según Kropotkin, el principio de esta sociedad burguesa; sociedad de bandidos. Queremos cambiar de vida, como actualmente de hogar, con las costumbres y hasta con los cachivaches.

Y no. La Revolución será un estado de conciencia nuevo, inusitado, hasta parecernos quizás salvaje. Creará un sentido ideal, un ambiente alucinante del que no tenemos ni memoria ni idea. Y todo habrá que hacerlo dentro ese medio, como hacen su nido los desposados pobres, sin más riqueza que su fe ardorosa. Los desposados de entonces serán la libertad y el pueblo. . . .

Amenazan con el hambre y con la muerte para mañana, si hoy no disponemos todo de modo a no interrumpir la producción, la distribución, las relaciones, en fin, de la ciudad con el campo. ¿Y quién afirma que a los hombres nuevos van a cuadrarles los negocios actuales nuestros?... ¿Valdrán menos o más que nosotros, ellos?... Valdrán más, y, sobre todo, querrán saber muy poco de nuestras miras sociales, tablas de moral y valores económicos.

El hambre y la muerte... ¡Diablo! Con la mano en la conciencia, compañeros: ¿qué lloráis de la fracasada Revolución Rusa: las víctimas que hizo o los ideales de libertad que no pudo cumplir? ¡Estos, éstos! . . . . . Si la especie humana tiende, naturalmente, a conservarse, si la Anarquía es consubstancial al hombre, si el comunismo es el único sistema en que ella puede vivir y, finalmente, si la sociedad burguesa es mala desde su base a su cúpula, sólo una cosa nos corresponde llegada la hora revolucionaria: hacer con todo lo actual — costumbres, ideas, DEBES y HABERRES — lo que se hace con los dados sobre la mesa cuando se empieza otra partida: trastocar posición y valores, lanzar al pueblo a través de la tierra a la busca de su ficha original, la nueva, la libre. Y que empiece a vivir. . . . Por lo demás, eso hará, y no otra cosa, la Revolución Social. Los hombres que de ella surjan irán más allá de nuestras fuerzas y nuestros sueños. Nos pasarán burlándonos. Como el árbol del que pusimos la semilla en tierra y que luego no alcanzamos ni en su copa ni en sus aves.—¡Así sea!

Género chico

¡Pues, señor! En España están triunfando nuestros autores de teatro y sus intérpretes, la compañía Mulño-Alippi. Al principio creíamos que eran chistes, tomaduras de pelo que trasmitía el cable. Y, movidos a lástima, gemíamos: —¡Pobres muchachos! Pero, luego hemos tenido que convencernos que no, que la cosa va en serio. El Ateneo les honra, la Infanta — aquélla pingüina vieja que anduvo aquí: ¿recordáis? — les recibe en su palacio, la crítica, sin excepción, les aclama. No hay, pues, más dudas, ni excepticismos que valgan. ¡Triunfan los hombres!

¿Y con qué triunfan? Con el tango y el malevo, el "gringo" caricaturizado y el gaucho de carnaval. Con todo y con nada: toda la hez y nada de belleza. Con el género chico, en una palabra.

Y ahora, pensando más, nos explicamos este éxito. ¿Por qué no?..... Donde Maura es un patriarca y "El Noy del Sucre" es un revolucionario, pueden también ser genios nuestros autores y nuestros cómicos.

Por otra parte, la burguesía es una sola en todo el mundo: idiota o cínica, el sainete es su elemento. Y en España, hasta el rey pertenece a este género. Al género chico.

La tragedia de ese pueblo que desangran en Marruecos, fusilan en Barcelona y explotan; peor que a bestia, en todo el reino, no sube a los escenarios ni vuela en versos ni reniega en piedras. ¡No! Poetas, artistas y críticos ni lo sienten ni lo ven, ocupados como están en vivir sus propios chistes, cultivar astracanadas y festejarse las gracias. — ¡Coño! ¡Qué chispa tienes!...

¡España de género chico!... Esperemos que aquella otra de Guimerá, de Iglesias y de Dicenta, vuelva a la acción un día. Meta su garra en la boca de esos histriones, les arrebate la entraña y se las refriegue por las narices; a ellos y a los que les aplauden. Que huelan, masquen las raíces de la vida; lo que hay de serio, de trágico en la misión del Arte!

Triunfan, — no es tomadura de pelo, no — en España triunfan los autores y cómicos nuestros. Variemos la dirección de nuestra profunda lástima, entonces. En vez de ¡pobres muchachos! digamos: ¡pobrecitos españoles!

Farsa

La capacidad farsante de los burgueses no tiene límites. Es más alta y más honda que cuanto puede uno imaginar. Como la nada, irreducible a la forma, rebelde a la mano. Imposible de asir, medirse o pesarse.

Y a esta capacidad responden todas las iniciativas que aparecen en los diarios a favor de los pobres, los enfermos, las madres, los niños. Farsas sin principio ni fin. Menos que palabras vanas, pues éstas, aún las más necias, parten siempre de una intención o un deseo; son el arrebato de algo, aunque sea de la lengua.

Sus farsas, no. Surgen de nada, golpean la nada, se disuelven en nada. Son como esos remolinos que te atajan en la calle, te arrebatan el chambergo y . . . nada. No le busques ni para sonreírles ni para insultarles; no les encontrarás. Son nada.

Un ejemplo. Con la noticia — que recién, después de un siglo, les llega — que los indios son destruídos a alcohol y peste en los ingenios, los bosques y las estancias del Norte, alzan ahora una campaña en los diarios. Forman una comisión que vigile su contratos de trabajo, que evite que beban más, que cuide hasta de la higiene de sus comercios sexuales. ¿Qué es esto?... Menos que una intención y una mentira. ¡Es una farsa!

¿Quién explota a los indígenas?... ¡Ellos! — ¿Quién les paga con hilachas y caña lo que producen?... ¡Ellos! ¿Y quién, en fin, les deprava y les apesta las indias desde que tienen ocho años?... ¡Ellos, ellos, ellos siempre!

Y entonces: ¿a qué viene esto, aho-